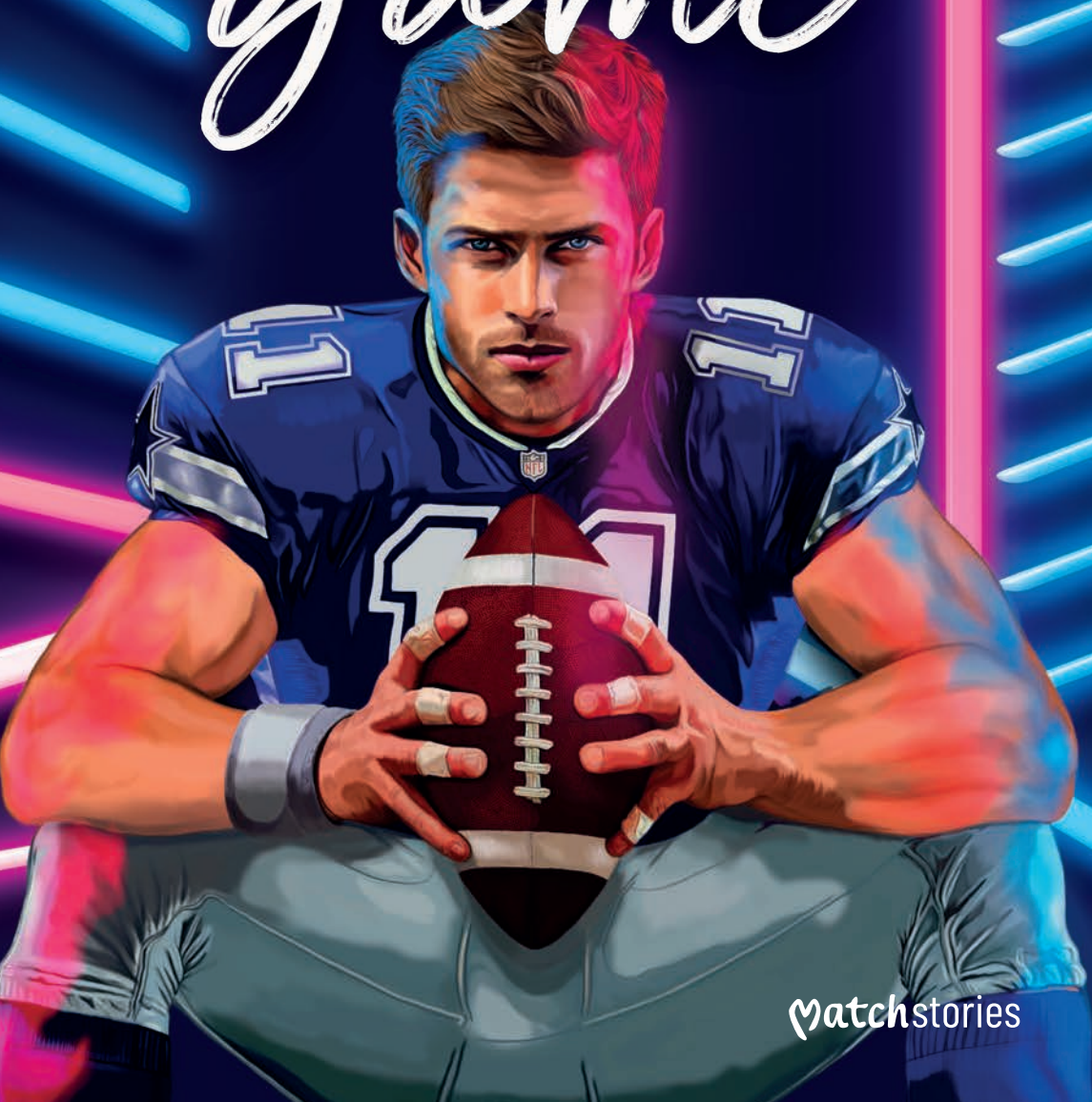


*Cristina Prada*

# End game



Matchstories

# End game

Cristina Prada

 Matchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Cristina Prada, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: julio de 2024

ISBN: 978-84-08-29015-5

Depósito legal: B. 10.894-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.





## Maya

—Ella era una canción pop y él, rock. Ella creía en el poder de las sonrisas y él, en el de gruñir con un cigarrillo en los labios —recita Marlow completamente ensimismada en su libro.

—Me estoy muriendo de calor —lloriquea Andie, abanicándose con un *flyer* del restaurante chino y la mirada en el techo de su apartamento diminuto y sin aire acondicionado, como si así fuese a conseguir que mágicamente el techo desapareciese y una brisa, actualmente no existente, bajara la temperatura quince grados.

—No me interrumpas —protesta Marlow.

—Es que tengo mucho calor —parafrasea su queja—. Además, ya sabemos cómo va a acabar: él se enamorará perdidamente de ella, aunque jure no hacerlo, porque ella es diferente y cambiará por ella y la prota, que ha sido la única que ha sabido ver que él en el fondo tiene un corazón enorme, dejará de sufrir por amor —sentencia melodramática, incluso se lleva las manos al pecho, *flyer* incluido, y aletea las pestañas—. Son todos iguales —apostilla volviendo a su postura «el calor en Dallas es insoportable».

—No te atrevas —la riñe Marlow indignadísima, lo que me hace sonreír—. Los libros son flipantes y los libros románticos son aún

mejor, como ser millonaria y de repente convertirte en billonaria, con be —hace hincapié en el mensaje.

Andie la mira mal, parece que no la ha convencido, y yo rompo a reír.

—Maya, ayúdame —me pide.

—No, ayúdame a mí —interviene veloz Marlow—. A ti te encantan las historias románticas.

Es verdad, me gustan mucho, pero, sobre todo, lo que me encantan son los finales felices. Por eso antes de comprarme un libro o ver una peli siempre me voy al final para echar un vistacito y asegurarme de que lo tiene. Soy la versión optimista de Harry en *Cuando Harry encontró a Sally*.

Tuerzo los labios divertida mientras finjo pensar cuál es mi bando y mis amigas me observan expectantes.

—Sí, me gustan —contesto encogiéndome de hombros—. En los libros el amor siempre logra superar cualquier barrera.

Marlow suspira enamoradísima, seguro al cien por cien que pensando en el *crush* que le ha proporcionado su nueva novela, el del cigarrillo en los labios. Andie me mira aún peor y no me queda otra que volver a sonreír. Si no la conoces, puede resultar un poco amenazante cuando se pone en plan «todos me sobráis», pero, cuando la conoces, lo sabes. Es Joe de *Mujercitas*, todo alma, corazón y principios.

—Además, los protas siempre están cañón —añado.

Tan pronto como lo digo me da la risita tonta. A Marlow también.

—Ni siquiera los veis —nos recuerda Andie.

—La imaginación es muy poderosa —replico entre risas.

Muy muy poderosa.

—¿Una Bud? —pregunta Marlow levantándose y yendo hacia la cocina.

Las dos asentimos.

—Esto es un horno —me quejo dejando caer la cabeza contra el sofá.

Estoy sentada en el suelo, me ha parecido el lugar más fresquito de

la casa, pero con la espalda apoyada en el tresillo. La noche de hoy está siendo insoportable. Cuarenta y dos grados. Creo que no había tenido tanto calor en mis veinticinco años de vida. Estamos en Dallas y en agosto, es obvio que iba a hacer calor, pero debemos estar batiendo algún tipo de récord intergaláctico.

El teléfono de Andie comienza a sonar en la mesita. Ella maldice, hace demasiado calor para moverse, y lo coge. En cuanto ve la pantalla, sonrío de oreja a oreja y descuelga veloz.

—Dime que sí. Dime que sí —suplica con el mismo gesto en los labios, recolocándose hasta estar perfectamente sentada en el sillón.

Yo frunzo el ceño, como Marlow, que acaba de volver con tres botellines helados.

—Prometido —responde rápido Andie a lo que sea que le hayan contestado—. Prometido.

—¿Quién es? —me pregunta Marlow en un susurro.

—No tengo ni idea.

Marlow entorna los ojos sobre Andie tratando de adivinar de qué va todo esto.

—Le está prometiendo demasiadas cosas para que sea un tío —llega a la conclusión.

Me hace sonreír otra vez.

—Prometido —vuelve a responder Andie—. Vamos para allá —se despide.

—¿Quién era? —inquieta Marlow con demasiada curiosidad y ganas de que sea un cotilleo de los buenos.

—¿Y a dónde se supone que vamos? —planteo.

—Mi amigo Louis trabaja de portero en un edificio alucinante —nos explica buscando y sacando sus sandalias de debajo del sofá y calzándose—. Tiene piscina en la azotea y nos deja colarnos —anuncia con una sonrisa enorme.

Piscina. Suena a paraíso. Colarse en un edificio de ricos... no tanto.

—No es como si fuéramos a atracar un banco —añade resuelta Andie. Mi amiga, cuando se propone algo, no tiene piedad—. Louis es

colega y él nos deja pasar. Nos damos un bañito y nos relajamos un poco. Si hubiese algún problema, que no va a haberlo —especifica—, nos largamos discretamente.

Le sostengo la mirada estudiando la situación, básicamente manteniendo una lucha interna entre que, claramente, no es una buena idea y los cuarenta y dos grados a las once de la noche... Es una lucha muy desigual.

—Discretamente —repito señalándola. La discreción nunca ha sido nuestro fuerte como pandilla.

Andie asiente entusiasmada y yo tardeo algo así como medio segundo en sonreír. ¡Lo vamos a pasar de cine!



Maya

—Esto es una pasada —digo dejando que mi cuerpo flote a la deriva.

Andie no ha exagerado ni un poquito. La piscina es una pasada y, sí, está en el techo del edificio más lujoso de Dallas, el Endeavor, sin duda alguna un nombre muy de pijo. Tiene sesenta y cuatro plantas, lo que también lo convierte en uno de los rascacielos más altos de la ciudad y, como nos ha explicado mi amiga, a quien previamente se lo había explicado Louis, nuestro infiltrado, el más caro.

—Creo seriamente que podría acostumbrarme a esto —comenta Marlow desde su tumbona.

—Pues busca un conjuro en Internet y haz que uno de los *crushes* de tus libros cobre vida y te compre un apartamento aquí.

—Si esos conjuros fuesen verdad, ¿sabes cuántos Garrett Graham habría en el planeta? —replica.

—Garrett... ¿qué? —pregunta Andie con el ceño fruncido.

—Ni siquiera sé cómo podemos ser amigas.

Sonrío mientras las escucho con los ojos cerrados y sigo flotando. La verdad es que sería una pasada... Vivir aquí, quiero decir. Bueno, lo de Garrett Graham también, pero lo veo un pelín más complicado... Rectifico y solo he necesitado pensar en mi actual apartamento y en mi estabilidad económica un segundo para entender que es igual de



difícil que una bruja consumadísima se abra un sitio web con hechizos y consejos que yo acabe viviendo en el Endeavor.

No me importa. Puede que mi vida no esté llena de lujos, pero tengo todo lo que necesito y sé que algún día conseguiré cumplir mi sueño: un pasaporte lleno de sellos.

Sonrío. Va a ser increíble.

—Andie —grita en un susurro Marlow algo inquieta.

La palabra se cuele en mi burbuja al mismo tiempo que el ruido de pasos y voces. ¡Alguien viene!

Dejo de flotar plácidamente y vuelvo a la verticalidad. Un par de chicos y dos chicas aparecen desde el vestíbulo que da acceso a la azotea.

Mis amigas y yo intercambiamos una mirada. Sobre todo, un mensaje telepático para Marlow: «No te pongas nerviosa, la clave es fingir normalidad».

Al reparar en nosotras, hay una ronda de saludos desinteresados mientras caminan hacia una de las zonas de tumbonas de diseño. Suspiro mentalmente. Han hecho lo que harían con cualquier vecino. Ha colado...

—Perdonad, ¿acabáis de mudaros? —pregunta una de las chicas con manicura perfecta en rojo fuego y... ¿Donna Karan diseña bikinis?, acercándose a la piscina.

Las tres nos miramos antes de contestar, algo que claramente no debes hacer si no quieres levantar más sospechas.

—No —responde Andie—, hemos venido por un amigo.

La morena enarca las cejas diciéndonos sin palabras lo poquísimo que nos cree y me siento un pelín ofendida: que mi bikini sea prestado y me pinte yo misma las uñas mientras escucho música no significa para nada que no pueda permitirme un chiringuito como este.

—¿Quién? —pregunta la mujer aún más hostil cruzándose de brazos.

Suficiente.

—Estamos pasando unos días en casa de Raymond Casalengo

—contesto saliendo de la piscina y cogiendo mi toalla, también prestada—. Vive en la vigésima planta.

Mis amigas se contienen para no mirarme como si me hubiese vuelto loca y yo nunca me había alegrado tanto de haberme aburrido mientras Louis y Andie charlaban y haberme fijado en el nombre de un paquete que había sobre el mostrador de mármol del conserje.

—Venimos muy a menudo —continúo— y nosotras tampoco te hemos visto a ti. Eres...

La morena me mira aturdida. Esperaba humillarnos, pero el tiro le ha salido por la culata.

—Estoy con él —responde señalando al chico a su espalda—. Su amigo vive aquí.

No sé qué pasa antes, que sus amigos lo jaleen o que él aparezca desde el mismo vestíbulo que ellos hace solo unos minutos. Lleva un pantalón corto azul marino que descansa sobre las caderas que su camisa blanca de mangas cortas abierta deja ver. No se ha molestado en calzarse. El pelo rubio peinado con las manos cayéndole indomable sobre la frente, los ojos azul eléctrico, salvajes, y la pequeña cicatriz sobre la ceja izquierda.

Esa cicatriz.

—Troy —murmuro sin poder creerme que lo tenga delante.

Nuestras miradas se encuentran. Olas chocando implacables contra un acantilado, la lluvia empapándote entera, cada sinapsis nerviosa acatando una orden, recordando, tarareando, viviendo, reviviendo. Sintiendo.

Pero él aparta la mirada sin dejar de caminar hacia sus amigos. La chica pelirroja que lleva colgada del cuello y que pasea los dedos por sus abdominales tampoco.

—Ostras —dice Marlow a punto del desmayo por la sorpresa—, es Troy Carson, el quarterback de los Cowboys.

Sí, es él, pero yo no lo conozco por eso y, me guste o no, llevo ocho años sin poder dejar de pensar en él.